

El Cid

La leyenda de Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador, dio origen a la primera gran obra de la literatura española: el Poema de Mío Cid, el cantar de gesta más famoso de la épica castellana.

Todos los pueblos, en sus orígenes, necesitan héroes, referentes a los que imitar. El Cid, un noble de bajo linaje en la corte de los reyes Sancho II y Alfonso VI, se convirtió durante el mester de juglaría en un personaje literario, en un modelo del perfecto caballero, con el que arengar a los ejércitos cristianos en los oscuros siglos de la Reconquista.

El Poema

REALIDAD Y FICCIÓN

El poema está basado en los últimos años de la vida de Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador (1043-1099), caballero de la corte de Sancho II de Castilla y de Alfonso VI de Castilla y León. Mezcla realidad y ficción para realzar las cualidades del héroe.

- **El Cid real**

Rodrigo Díaz de Vivar nació en un pueblo de Burgos (Vivar) hacia el año 1040. Al morir el rey al que servía, Sancho de Castilla, en el cerco de Zamora, Rodrigo intentó vengar su muerte y cayó en desgracia ante el nuevo rey Alfonso VI de Castilla que lo desterró. Conquistó y gobernó la ciudad de Valencia hasta que murió en el año 1099. Sus restos fueron trasladados al monasterio de Cardeña (Burgos) y fue allí donde comenzaron a narrarse sus grandes hazañas.

- **El Cid literario**

En la obra, el Cid aparece idealizado y engrandecido para destacar su heroísmo. El Cid representa al héroe colectivo vencedor en mil batallas y siempre fiel a su rey a pesar de haber sido tratado injustamente. En el Poema, el Cid se nos presenta como un guerrero invencible; pero también como un personaje tierno y muy humano que ama a Dios, a los suyos y que valora la amistad y la fidelidad.

El Cid es el modelo de hombre medieval: lucha por su Dios, por su rey y por su fe contra los enemigos de su patria y su religión.

- **La obra**

No se sabe con seguridad cuándo se compuso el Poema o Cantar de Mío Cid, ni quién fue su autor. Algunos investigadores creen que debió escribirse en el siglo XII, poco después de la muerte del Cid, cuando aún estaban recientes sus hazañas. Sus autores podrían ser dos juglares, uno de Medinaceli (Soria) y otro de San Esteban de Gormaz (Soria), puesto que en el poema se describen muy bien estos lugares. Otros investigadores creen que se escribió un poco más tarde, en el siglo XIII.

La copia que se conserva en la Biblioteca Nacional es un códice copiado por otro juglar llamado Per Abbat. Esta copia está incompleta; le falta una hoja en el comienzo y dos en el interior y parece haber sido realizada a principios del siglo XIV para recitarla por pueblos y castillos. Algunos consideran este códice como el original y a Per Abbat como el autor del Poema.

El Cid sale de Vivar, a Burgos va encaminado,
 allí deja sus palacios yermos y desheredados.
 Los ojos de Mío Cid mucho llanto van llorando
 hacia atrás vuelve la vista y se quedaba mirándolos.
 Vio cómo estaban las puertas abiertas y sin candados,
 vacías quedaban las perchas ni con pieles ni con mantos,
 sin halcones de cazar y sin azores mudados.
 Suspira el Cid porque va de pesadumbre cargado.
 Y habló, como siempre habla, tan justo y tan mesurado:
 «¡Bendito seas Dios mío, Padre que estás en lo alto!
 Contra mí tramaron esto mis enemigos malvados.»
 Ya aguijan a los caballos, ya les soltaron las riendas.
 Cuando salen de Vivar ven la corneja a la diestra,
 pero al ir a entrar en Burgos la llevaban a su izquierda.
 Movié Mío Cid los hombros y sacudió la cabeza
 «¡Ánimo, Alvar Fáñez, ánimo, de nuestra tierra nos echan,
 pero cargados de honra hemos de volver a ella!»

Ya por la ciudad de Burgos el Cid Ruy Díaz entró.
 Sesenta pendones lleva detrás el Campeador.
 Todos salían a verle, niño, mujer y varón,
 a las ventanas de Burgos mucha gente se asomó.
 ¡Cuántos ojos que lloraban de grande que era el dolor!
 Y de los labios de todos sale la misma razón:
 «¡Qué buen vasallo sería si tuviese buen señor!»

De grado le albergarían, pero ninguno lo osaba,
 que a Ruy Díaz de Vivar le tiene el rey mucha saña.
 La noche pasada a Burgos llevaron una real carta
 con severas prevenciones y fuertemente sellada
 mandando que a Mío Cid nadie le diese posada,
 que si alguno se la da sepa lo que le esperaba:
 sus haberes perdería, más los ojos de la cara,
 y además se perdería salvación de cuerpo y alma.
 Gran dolor tienen en Burgos todas las gentes cristianas,
 de Mío Cid se escondían: no pueden decirle nada.
 Se dirige Mío Cid adonde siempre paraba;
 cuando a la puerta llegó se la encuentra bien cerrada.
 por miedo del rey Alfonso acordaron los de casa
 que como el Cid no la rompa no se la abrirán por nada.
 La gente de Mío Cid a grandes voces llamaba,
 los de dentro no querían contestar una palabra.
 Mío Cid picó el caballo, a la puerta se acercaba,
 el pie sacó del estribo, y con él gran golpe daba,
 pero no se abrió la puerta que estaba muy bien cerrada.
 La niña de nueve años muy cerca del Cid se para
 «Campeador que en bendita hora ceñiste la espada
 el rey lo ha vedado, anoche a Burgos llegó su carta,
 con severas prevenciones y fuertemente sellada.
 No nos atrevemos, Cid, a darte asilo por nada,
 porque si no perderíamos los haberes y las casas,
 perderíamos también los ojos de nuestras caras.
 Cid, en el mal de nosotros vos no vais ganando nada.
 Seguid y que os proteja Dios con sus virtudes santas.»
 Esto lo dijo la niña y se volvió hacia su casa.
 Bien claro ha visto Ruy Díaz que del rey no espere gracia.
 De allí se aparta, por Burgos a buen paso atravesaba,
 a Santa María llega, del caballo descabalgaba
 las rodillas hinca en tierra y de corazón rogaba.
 Cuando acabó su oración el Cid otra vez cabalga
 de las murallas salió, el río Arlanzón cruzaba.
 Junto a Burgos, esa villa, en el arenal posaba,
 las tiendas mandó plantar y del caballo se baja.
 Mío Cid el de Vivar que en buen hora ciñó espada,
 en un arenal posó, que nadie le abre su casa.